

## CARTA ABIERTA A DON ANDRES TRAPIELLO

Muy señor mío:

Aunque he intentado evitarlo, al final no he podido resistirme a dirigirle unas líneas a raíz de la entrevista aparecida en Noticias Bibliográficas, pues al finalizar su lectura sentí una cierta turbación, sin duda provocada por el torrente de recuerdos familiares que me desbordaron.

Comienzo por reconocer que en lo referente a complejos, rarezas, tocaduras de la cabeza y carencias culturales me identifico con ese grupo mayoritario al que usted se ha referido de una modo tan divertido y correcto, al que sin duda alguna pertenezco por méritos propios. No obstante, asumo el riesgo de ser el único que acepte la realidad virtual por usted planteada y consecuentemente me quede más solo que la una. En cualquier caso, cumplo con el primer deber de quien no tiene de qué ruborizarse, confesando que **muchos son los complejos que me adornan e ilimitados los desconocimientos que poseo**. Me consuelo recordando el dicho que repetía mi abuela, "*donde se ponga un buen complejo que se quite lo demás*" (desconozco si se refería a los de la "*perola*" o a los vitamínicos) y sabiendo que "*en todas partes cuecen habas*".

Y ya que estoy en este entretenido asunto "*complejil*" y que los refranes me encantan, convendría no olvidar que "*en este mundo traidor nada es verdad ni es mentira...*". Y cito este pozo de sabiduría, porque la línea que separa la superioridad de la inferioridad es ciertamente sutil, quedando contemplada en cualquier problema de óptica elemental, en el que se hace necesario conocer las características de la lente utilizada y ubicación de los observadores, con el fin de intentar interpretar todo un cosmos de percepciones diferentes y una infinidad de materialidades desvirtuadas. Ante el supuesto práctico de colocar un determinado prisma entre dos objetos, uno de mis más marchosos profesores, para acrisolar el concepto físico nos obsequiaba más o menos con lo siguiente:

–Dijo el león al ratón:

Te pareces a un microbio.

Y el roedor le respondió:

–Tu imagen es de impresión.

Cambiaron de posición

y sepamos qué ocurrió.

El ratón se relamió

Y el felino se cagó.

Si a la interpretación libre que cada cual extraiga de los "*versicos*" anteriores, le unimos las conclusiones diver-

gentes y hasta contrapuestas que podamos obtener de los mejores tratados sobre psiquiatría y psicología, y para colmo aderezamos el conjunto con la sentencia de mi abuela, probablemente coincidiremos en que la actitud más inteligente es pasar de puntillas sobre el asunto, citándolos (a los complejos) como "*compañeros jodíos y mutantes*" que nos escoltan a todos sin excepción desde nuestra más tierna infancia, a los que a veces damos esquinazo y que nos proporcionan una visión tal, que pueden hasta conseguir que seamos capaces de distinguir la paja en ojo ajeno. Consecuentemente, como ocurre con las meigas, cuanto menos los invoquemos mejor.

Pero centrándome en lo importante, todo lo precedente encaja en puro recreo, permita que le sitúe en tiempo y contexto con el fin de que no se pierda. Hacia el final de la década de los 80 decidí que había llegado el momento de imprimir un giro radical a mi vida laboral y pensé que era hora de independizarme. Tras conseguir el permiso y total apoyo por parte de mi mujer, no en vano cinco retoños nos contemplaban, decidimos correr el riesgo y renunciar a una saneada estabilidad. Asumido el cambio, ya solo quedaba comunicárselo a nuestros progenitores. Temíamos el delicado momento de la confesión, porque sabíamos de la lícita satisfacción que sentían por toda una vida de desvelos, sacrificios e ilusiones compartidas desde los primeros pasos escolares y podían interpretar que todo lo lanzábamos por la borda justo en el momento más dulce de nuestras trayectorias profesionales.

–"*Vamos a dejar nuestros trabajos y pensamos dedicarnos a los libros antiguos*". De tal guisa dejé caer el asunto y esperé.

Tras unos segundos que se me antojaron eternos, mi padre carraspeó un poco, inspiró profundamente y mudo quedó. Pero mi madre abrió sus enormes ojos negros, esos que conserva nuestra hija Cristina como testimonio de su paso por estos lares, me miró con fiereza y sin pestañear escopeteó a tenazón, sin dobleces y a corazón descubierto, con esa intensidad y franqueza que solo una madre tiene el derecho y hasta la obligación de permitirse.

–"Hijo mío, **estás mal de la cabeza**. ¿Cómo os vais a dedicar a algo que **no tenéis ni idea**? Y además... ¿Por qué se te ha ocurrido **meterte a trapero**?"

La afirmación inicial supuso el punto de partida de un virulento interrogatorio y ya repuesto de la sensación de indefensión casi total que creó su aseveración sobre mi estado mental (¿de una madre es lo último que esperas!),